

# Navidad y la Patria ártica

Hemos mostrado en un artículo anterior la estrecha conexión existente entre la Navidad y el Solsticio de Invierno. Algo, por otra parte, que resulta sobradamente conocido, aunque no se conozca tanto el significado simbólico y espiritual de tal conexión, punto éste sobre el que ya hemos examinado algunos aspectos. Vamos a profundizar un poco más en este tema, viendo otros fascinantes y generalmente desconocidos aspectos del mismo, que nos hablan de nuestras propias raíces remotas y de los orígenes míticos de la Humanidad.

La vivencia del Solsticio de Invierno adquiere una extraordinaria relevancia en las regiones frías del alto Norte, en la zona próxima al Polo boreal, de donde provenían nuestros antepasados indoeuropeos. En esas tierras del Norte de Europa se encuentra la patria de la estirpe indoeuropea. En las tierras árticas, donde impera un ambiente de hielo y nieve, donde reina una prolongada noche invernal, la nueva salida del Sol que aporta de nuevo luz y calor tenía que ser vivida de forma especialmente intensa y con gran emoción.

La patria remota del tronco ario o indoeuropeo estaba situada en el mítico Continente Hiperbóreo, en las inmediaciones del Ártico. Es el *Aryanem-Vaeyo*, “patria-hogar de los arios”, del que hablan los textos sagrados del Zoroastrismo persa. La región hiperbórea de donde provenía y donde se refugiaba el Apolo helénico, el dios solar por excelencia de la religión griega, guiado y acompañado por sus cisnes blancos. Dicho Continente boreal aparece descrito en los mitos y leyendas como una “Tierra del Sol”, un territorio paradisiaco acariciado por los rayos solares, antes de ser invadido por la nieve y los hielos.

Provenientes de esa “Tierra del Sol” nórdica, los primitivos arios se consideraban “hijos del Sol”, viéndose a sí mismo como portadores y mensajeros de la Luz. De ahí que tengan como sus emblemas más genuinos el disco solar (el círculo con la cruz inserta en su interior, símbolo del Orden cósmico) y la esvástica (o *svástika*), signo polar y solar por excelencia, que aparece distribuida por todo el orbe y que constituye el símbolo central de la mayoría de las tradiciones del Oriente (Hinduismo, Budismo, Taoísmo, Shinto), así como de otras muchas culturas sagradas.

La progresiva congelación del Continente Hiperbóreo, a la cual hacen referencia numerosos relatos míticos, motivó que los pueblos que lo habitaban tuvieran que abandonarlo y emigrar hacia las regiones del Sur, buscando un clima más benigno. Tiene lugar así la dispersión de los diversos pueblos de origen indoeuropeo (latinos, griegos, celtas, eslavos, germanos, iraníes, ilirios, bálticos, tracios, etc.), cuyas últimas derivaciones llegan hasta la India (los indoarios) y hasta la China y el Asia central (los escitas y los tocarios). El origen del tronco indoeuropeo, que antes se pensaba había que situarlo en alguna región del centro de Asia, suele situarse actualmente, según las más recientes investigaciones científicas, en el Norte de Europa, y más concretamente en la zona comprendida entre las costas del Mar Báltico y la Península Escandinava. Pero su cuna primordial, en época más remota, debió estar ubicada aún más al Norte, en las inmediaciones del Ártico.

Los libros zoroástricos hablan de la ofensiva que la Serpiente invernal, atizada por Angra Mainyu (Ahrimán), el genio del mal, del caos, la destrucción y la mentira, desencadena contra el el *Aryanem-Vaeyo*, “la Patria de los arios”, haciendo que aquella tierra feliz, fértil y acogedora, de clima suave y vegetación exuberante, quede asolada por el hielo y la nieve, de tal modo que quedará convertida en un continente helado, sumido en la oscuridad y en el cual habrá en adelante diez meses de frío invernal. Los *Eddas* y los relatos míticos teutónicos relatan asimismo cómo Midgard, “la Tierra del Centro” o “País del Medio”, el Paraíso en el que moraban los seres humanos, se vio atacado e invadido por “los gigantes del hielo” que lo arrollan todo, asfixian y destruyen cuanto encuentran a su paso con el viento glacial que es su arma letal, imponen su tenebrosa tiranía y acaban implantando sobre aquellas regiones, otrora esplendorosas y llenas de vida, un clima gélido en el que no es posible vivir.

Gaston Georgel, en su brillante estudio sobre los orígenes y el desarrollo cíclico de la Humanidad, da cuenta de que, a consecuencia probablemente de un gran cataclismo, sobrevino lo que se ha dado en llamar “el Gran Cambio” (*le Grand Changement*) que asoló las espléndidas y paradisíacas tierras de Hiperbórea. Esto ocasionó que el clima primaveral del primitivo Continente boreal diera paso a la alternancia de veranos e inviernos, convirtiendo “los Campos Elíseos” en “el infierno glacial y sombrío” que describen los exploradores que han osado penetrar en el mundo de las regiones árticas y los hielos polares. Ese desierto helado, con temperaturas infernalmente bajas y en el que todo está o parece muerto, tan genialmente plasmado por el compositor inglés Ralph Vaughan Williams en su *Sinfonía antártica* (aunque ésta se refiera a la contrapartida geográfica, en el Polo Sur, de las tierras árticas, bien podría también haber llevado el título de *Sinfonía ártica*).

Esta apasionante cuestión de los orígenes de nuestros antepasados y de su patria boreal ha sido estudiada por numerosos autores, entre los que cabe mencionar a Fabre d'Olivet, Herrmann Wirth, Georg Biedenkapp, José Alemany y Bolufer, Franz Karl Endres, René Guenón, Julius Évola, Josef Strzygowski, Wilhelm Paula, Vasile Lovinescu y Jean Phaure. Hay que resaltar, desde esta perspectiva, el interesante y muy documentado libro de Bal Gangadhar Tilak, prestigioso intelectual hindú, compañero de Gandhi en la lucha por la independencia de la India, que lleva por título *The Arctic home of the Vedas* (“El hogar ártico de los Vedas”). En esta obra, Tilak pasa revista a los diversos pasajes del *Rig Veda* y otros antiguos textos sagrados de la era védica, en los que se describen escenarios y fenómenos naturales propios de las regiones polares, lo que demostraría que los antiguos arios, que penetraron en la Península indostánica por el Noroeste, provenían de una zona geográfica próxima al Polo Norte.

En una obra sobre “*La lengua aria*”, que es en realidad el resultado ampliado de un discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia, y que lleva como subtítulo “*El Polo Norte, patria del pueblo ario y del género humano*”, el lingüista español Alemany y Bolufer presenta con su habitual rigor y erudición numerosas pruebas de todo tipo en apoyo de dicha tesis. “En esas regiones hay que buscar el origen del género humano --asevera Alemany y Bolufer--; desde ellas, mejor que desde otra cualquiera, se explica la difusión de aquél [el género humano] por América, Asia y Europa, procediendo siempre, en general, de Norte a Sur y nunca de Sur a Norte”. El ilustre filólogo sostiene, con lógica aplastante, corroborada por otros muchos autores, que las gentes que primero se separaron del lugar de origen son las que más lejos se hallan de él, o sea, las que han ido más hacia el Sur, mientras que los indoeuropeos serían los últimos en abandonar la Patria polar originaria.

También Julius Évola, en unas páginas realmente fascinantes en las que muestra la importancia de ese Centro Hiperbóreo para la posterior Historia de la Humanidad, como fuente o punto de origen de la más alta Tradición espiritual, escribe: “El recuerdo de esta sede ártica es patrimonio de las tradiciones de muchos pueblos, en la forma ya sea de alusiones reales geográficas, ya sea de símbolos de su función y de su significado originario, incluso transferidos a un plano suprahistórico, o bien aplicados a otros centros susceptibles de ser considerados como reproducciones de la primera” (o sea, reflejos de esa primera, primitiva y originaria sede ártica).

En las regiones árticas, como han puesto de relieve los citados autores, hay sólo un día y una noche durante el año, con una duración de seis meses en cada caso: seis meses de día y seis meses de noche. La noche polar va desde finales de Septiembre hasta finales de Marzo. El calendario anual tenía, por tanto, una estructura simple, pudiendo ser representado por un círculo dividido en dos partes por un diámetro perpendicular, con una mitad diurna y otra mitad nocturna. En las inscripciones nórdicas puede encontrarse con frecuencia tal signo geométrico, que nos da idea de la experiencia anual de estos primitivos pobladores de las regiones del Norte.

Para Franz Carl Endres, dicho símbolo del círculo dividido en dos mitades verticales iguales es “el símbolo ártico del Sol” (*der arktische Sonnensymbol*), que se corresponde con “el año ártico” (*das arktische Jahr*). Resaltando la alta espiritualidad de los antiguos arios (indoeuropeos o indogermanos), el citado autor apunta que su visión del mundo y su forma de vida estaban centradas en el culto al Sol y a la Luz, cuyo símbolo principal y más primario es el círculo, viendo en todo ello una radiante manifestación de la Divinidad. “El más sencillo signo solar de los arios es el círculo”, afirma Endres, buen conocedor de la simbología y la doctrina esotérica tradicional; bien sea el simple círculo con el punto central, bien sea el círculo dividido en dos partes por una línea vertical en el centro. Posteriormente, a medida que los arios van descendiendo hacia el Sur, esa figura circular irá adoptando formas cada vez más complejas, empezando por el círculo con cuatro radios (correspondientes a los dos solsticios y a los dos equinoccios) y terminando finalmente por el círculo con doce radios (representativos de los doce signos del zodiaco).

Según Wolfgang Golther, experto en la cultura germánica, para los antiguos germanos el año tenía sólo dos meses, el Invierno y el Verano. De ahí que las palabras *Winter* y *Sommer* se hayan conservado con pocas alteraciones en las diversas lenguas germánicas, mientras que el resto de las estaciones, que se fueron añadiendo posteriormente, se designan con nombres muy diferentes en cada lengua (así, por ejemplo, para Primavera: *Frühling* en alemán, *Spring* en inglés, *Lente* en holandés, *Vår* en sueco). Esta división del año en dos meses o estaciones explica la importancia que para los germanos tenían los Solsticios, anunciando el Solsticio de Verano el comienzo del período invernal, mientras que el Solsticio de Invierno marcaba el inicio de la temporada primaveral-veraniega.

Refiriéndose a la descripción que el Avesta y los Vedas hacen de la primitiva Patria de los arios, y apuntando cómo en dichos libros se explica que en aquellas tierras originarias había una situación geográfica y climática en las que el Sol salía y se ponía una sola vez durante el año, con lo cual el año quedaba dividido en un día luminoso y una noche oscura, Bal Gangadhar Tilak afirma que “el salir y ponerse el Sol una vez al año es posible únicamente en el Polo Norte”. Y añade: “En el Polo hay sólo un día y una noche de seis meses cada uno”. Esto explica, según Tilak, que las figuras de Mitra y Varuna, tan importantes en la mitología védica, aparezcan como dos divinidades relacionadas entre sí, siendo cada uno de tales dioses señor de una mitad del año: Mitra aparece como señor de la luz y del día, mientras Varuna se perfila como señor de la oscuridad y de la noche. Esos dos dioses del panteón védico serían por tanto la personificación mítica y simbólica de “los dos períodos de luz y oscuridad, con medio año de oscuridad cada uno, que se dan en el antiguo Paraíso de la raza aria”.

En este tipo de consideraciones insiste también el historiador y antropólogo alemán Hans Hahne, quien en su libro *Das vorgeschichtliche Europa* (“La Europa prehistórica”), afirma que en el alto y viejo Norte se encuentra el país originario o territorio de los orígenes (*das Ursprungsland*) de al menos una parte considerable de la Humanidad, así como el punto de arranque de su acción y pensamiento; allí, en esas regiones polares, se formó su visión de la vida y del mundo. Las regiones próximas al Polo Norte fueron, en palabras de Hahne, “la patria-raíz de un grandioso mirar y contemplar los acontecimientos del Universo”. Las primitivas vivencias en la zona boreal explican, según dicho autor, la alta valoración que siempre se ha dado al Polo Norte, mirado en todo momento con respeto y veneración, así como la tajante división del año en dos mitades. Para los pueblos que vivían en ese lejano Norte, “la oscuridad y las heladas han sido enemigos desde tiempos primordiales”. Eran gentes que habían aprendido a soportar pacientemente las inclemencias del tiempo, esperando los tiempos propicios en los cuales los gigantes invernales serían derrotados por los dioses radiantes de la Primavera. Para Hahne, el *Urzeit* o “Era primordial” (*Ur* = origen, *Zeit* = tiempo, época) viene a coincidir con el *Eiszeit* nórdico, con la era glacial o época de los hielos. (En realidad, como ya ha quedado apuntado, el *Eiszeit*, sobrevenido tras la congelación de la Tierra primordial, el mítico Continente Hiperbóreo, corresponde a una fase posterior al auténtico *Urzeit*).

En las regiones septentrionales de Europa el Invierno es muy duro, más prolongado y frío que en las zonas meridionales del Continente, con días extremadamente cortos. En la zona ártica se hace todavía más inclemente, siendo más largo y con unas temperaturas que hacen imposible o extremadamente difícil la vida humana. Como hemos visto, el Invierno dura seis meses (el doble que en otras latitudes), llegando incluso a una duración de diez meses en el mismo Polo, mientras que el Verano apenas se extiende allí a lo largo de dos meses, no precisamente muy cálidos. Durante los meses invernales, en las regiones polares el Sol está permanentemente por debajo del horizonte, siendo por tanto el Invierno un período de larga y gélida noche. En cambio, durante el corto Verano ártico, el Sol permanece continuamente en el horizonte, sin ponerse ni ocultarse, con lo cual se tiene un día sumamente largo, aun dentro de la brevedad de dicha época de relativo buen tiempo. A partir del Solsticio de Invierno la luz irá progresivamente en aumento, aun cuando el Sol tarde todavía en despuntar y dominar por completo el ambiente.

Es fácil imaginar la importancia que tendrían la luz y el calor del Sol para los habitantes de aquellas lejanas tierras del Septentrión, que se veían privados de bienes tan vitales durante gran parte del año, así como la gran significación y el inmenso valor que para ellos tendría el Solsticio de Invierno. El eco de esta añoranza del Sol y de la luz puede apreciarse con toda claridad en los himnos védicos, que recogen las visiones de los antiguos *Rishis* (“Videntes” o “Sabios poetas) del pueblo indoario, así como en los textos sagrados del Zoroastrismo persa o iranio. (Recordemos que iranio e indoarios son los dos pueblos que a sí mismo se dieron el nombre de “arios”, que más tarde se aplicaría, aunque tal procedimiento sea discutible y haya sido muy discutido, para designar al conjunto de los pueblos de la familia indoeuropea). Para nuestros antepasados indoeuropeos, asentados en la Patria ártica, el retorno del Sol tras la larga noche invernal tenía forzosamente que adquirir una relevancia vital.

En su interesante estudio de la antigua religiosidad germánica, realizado desde una perspectiva cristiana, el antropólogo e historiador de la Cultura Anton Stonner, pone de relieve que los bienes que los germanos piden a los dioses en sus plegarias son principalmente cuatro: salud, vida sin tacha (sin oprobio ni vergüenza), fuego y sol. “Alegría por la luz y horror ante la oscuridad” son los dos sentimientos que aparecen de forma reiterada en la literatura de los antiguos germanos, así como en la de otros pueblos indoeuropeos, afirma Stonner. Es lógico, añade el citado autor, que los pueblos nórdicos, o de origen nórdico, que se veían obligados a prescindir del Sol durante una gran parte del año, contemplaran el Sol con especial veneración viendo en él una fuerza divina y benéfica o un mensajero de la Divinidad que viene en su ayuda. Para demostrar la importancia que el Sol tenía para los pueblos de estirpe indoeuropea, y el anhelo de esa luz solar que desaparece durante tanto tiempo en el alto Septentrión, Stonner cita una de las plegarias que pueden leerse en el *Rig Veda*, el principal libro sagrado indoario. Se trata de una oración dirigida al Soma, la bebida sagrada, el elixir de inmortalidad, personificado en este caso y contemplado como una figura divina: “Oh Soma, llévame al lugar donde hay luz imperecedera, donde habita el resplandor del Sol, al mundo inmortal, imperecedero e invulnerable”. En esta plegaria pervive, según Stonner, el vivo recuerdo de una lejana tierra o patria del Norte (*ein Nordland*).

La añoranza del Sol, de su luz y su calor, se repite en otros muchos textos de la religión védica, germen y fundamento de la actual tradición hindú. Así, por ejemplo, en las siguientes estrofas del *Samaveda Samhita*, que contiene oraciones dirigidas de nuevo al Soma: “¡Haznos participar en el Sol a través de tu auxilio y tu propio poder mental; y haznos mejores de lo que somos! ¡Que por medio de tu auxilio y tu propio poder mental podamos mirar al Sol durante mucho tiempo. Haznos estar mejor de lo que estamos. Haz que seamos mejores de lo que somos!”. Se le pide también al Soma que “gane en luz celestial” para que, “cual ser victorioso e invencible en la batalla”, nos dé felicidad, derrote a nuestros enemigos y derrame riqueza sobre nosotros, actuando como “el poderoso Mitra”, que “irradia y resplandece como el Sol”.

Decíamos que resulta fácil hacerse una idea de la fascinación y el arrobamiento con que nuestros antepasados contemplarían el Sol en aquellas lejanas tierras nórdicas o próximas al Polo Norte, en las cuales el Sol se muestra tan raras veces y con tanta dificultad a lo largo del año. No resulta tampoco difícil imaginar la alegría con que nuestros remotos ancestros, los primitivos habitantes de las regiones boreales, recibirían el retorno del Sol tras muchos meses de oscuridad invernal. Tras la larga noche oscura y fría de seis meses de duración, la nueva aparición del Sol, con su mensaje de luz y calor, tenía por fuerza que recibirse con júbilo y con grandes celebraciones.

Hay que precisar, no obstante, que de acuerdo a la doctrina tradicional, y más concretamente según las indicaciones de la cosmología sagrada, el mítico Continente Hiperbóreo fue no sólo la patria de la familia indoeuropea, sino la cuna originaria de la Humanidad. Como ya antes ha quedado apuntado, los pueblos del tronco ario o indoeuropeo serían probablemente los que más tarde se fueron alejando del legendario Continente primordial; de ahí las referencias más directas, precisas y detalladas sobre la Patria ártica que pueden encontrarse en sus mitos y en sus libros sagrados. El primitivo Paraíso boreal, como punto de origen común, debió ser abandonado en sucesivas oleadas migratorias por grupos humanos que darían después lugar a diversas razas, pueblos y culturas. En este sentido, algún antropólogo alemán ha podido calificar al Polo Norte de *Völkerheimat*, “Patria de pueblos”, y en la misma línea se expresa Fabre d’Olivet cuando apunta que el vago recuerdo de este lejano origen ártico hizo que el Polo Boreal fuera llamado siglos atrás “el venero del Género humano” (*la pepinière du Genre humain*). Por su parte, J. Sylvain Bailly, pensador y científico francés del siglo XVIII, llegó a sostener que en el Ártico está “la cuna de todas las ciencias, de todas las artes y de todas las mitologías del mundo”. Algunos autores de la Antigüedad, como Hecateo de Abdera, defendían que las raíces últimas de la Cultura había que buscarlas en las regiones próximas a Nueva Zembla donde habitan los osos blancos.

Dicho Continente ártico, que aparece mencionado en las más diversas culturas y tradiciones del planeta, recibe muchos nombres: *Thule*, *Tula* (o *Tulla*), *Tlapallan*, *Aztlán*, *Shambala*, *Ogygia*, *Elixia*, *Agartha*, *Avalón*, *Midgard*, *Gardarike*. Suele ser concebido y descrito poéticamente como “el ombligo del mar” o “el centro de la Tierra”, un mundo paradisiaco, de luz perenne, con un clima primaveral y una floreciente vegetación; una “Isla de inmortalidad”, una “Isla verde” (como Groenlandia, gran isla próxima al Ártico, cuyo nombre significa justamente eso, “tierra de verdor”) o un “Monte blanco” sobre el que brilla el Sol, Monte radiante que se eleva hacia el Cielo y resplandece por encima del caos de las aguas.

Es la Isla *Ku-She* de la tradición china, donde reina el espíritu del Tao y su *Te* (Virtud cósmica), o el Monte *Hu-Lin*, en el que mana una fuente cuyas aguas otorgan la inmortalidad. O también el *Sveta-Dvipa*, la “Isla blanca”, en la tradición indoaria, isla situada en un punto central y rodeada por un mar de leche, quizá una evocación de la pureza y el poder nutricional de las aguas que circundaban dicha isla, o tal vez una alusión a la blancura de los hielos que cubrían la superficie de tal mar en determinados momentos. Cabría ver también un eco o una reminiscencia de esa Tierra blanca de la pureza, la esencialidad y la virtud en *Sukhavati*, la “Tierra Pura” del Budismo Shin, el “Mundo de beatitud o felicidad”, el Paraíso lleno de luz donde reina el Buddha Amida, región relacionada por algunos con la legendaria y edénica *Shangri-La*.



Otro lugar mítico-simbólico que puede identificarse con la lejana Patria nórdica es el *Tir-nan-Og* (“Tierra de la Juventud”) del mito céltico, también llamado *Tir-nan-Beo* (“Tierra de los Vivientes”) y *Mag Mell* (“Agradable Llanura”), donde mora *Lug*, el dios solar creador de las artes y portador de una invencible espada luminosa. Puede verse asimismo una referencia al Continente ártico primordial en el nombre de *Belén*, la patria de Belenos, el dios solar de los galos (*Lug* y *Belenos* son muy probablemente dos nombres de la misma divinidad céltica). El nombre “Belén” quizá fuera pronunciado *B-lan*, al ser la primera e muda, con un sonido muy semejante por tanto al francés *blanc* (“blanco”), en lo cual podría verse una velada alusión a la blancura del Centro primordial, como en el caso de “la blanca Thule”.

En algunas tradiciones, como la tibetana, el Continente polar de los orígenes se nos presenta, con el nombre de *Shambala*, bajo la forma de una ciudad perfecta, esplendorosa, situada en una posición elevada en lo alto de una montaña. En tales casos es llamada “la Ciudad del Norte”, “la Ciudad de la Paz”, “la Ciudad pura y santa”, “la Ciudad del Sol”, “la Ciudad o Tierra de los Bienaventurados”. A la mítica Hiperbórea se refiere asimismo un nombre tan cargado de altas resonancias en la tradición espiritual de Occidente como “los Campos Elíseos”, el cual alude a una tierra repleta de toda clase de delicias y parabienes, y que posteriormente será transferido al mundo del más allá, donde moran las almas inmortales de todos aquellos que vivieron con honor y grandeza llevando una vida recta. Y no se puede dejar de mencionar en este elenco de términos referidos a la primitiva sede ártica el nombre de *Arcadia*, con el que se designa una región de condiciones paradisíacas en el que la vida florece sin obstáculos y con incomparable exuberancia.

Hay que tener en cuenta, por último, que los nombres de muchas montañas míticas y místicas de diversas tradiciones, como el *Meru* hindú, el *Alborg* mazdeísta, el *Olimpo* helénico, el *Fuji-Yama* sintoísta, el *Kuan-Lun* y el *Pu-Chou* chinos, el *Potala* tibetano, el *Aztlán* azteca o el *Ararat* bíblico, podrían ser en su origen otros tantos nombres del Continente ártico primordial, que más tarde fueron aplicados a montañas sagradas de las regiones en que se instalaron los pueblos respectivos, viendo en ellas un reflejo de la Patria originaria. Significativos son algunos de los calificativos que se aplican al monte *Meru*, que tanta importancia adquiere en la cosmología y el mito indoarios, también llamado *Sumeru*: “Montaña resplandeciente”, “Monte dorado” situado en el centro del Universo.

Cabría también mencionar los montes *Arradoi* y *Arno* del folklore vasco, los cuales presentan algunas características bastante elocuentes. El primero de ellos va asociado a leyendas que tienen un cierto sabor prehistórico, sugiriendo que desde él se llevaron a cabo construcciones megalíticas, mientras que del segundo los relatos populares cuentan que en su interior se halla oculta una campana de oro. Conviene apuntar, en relación con todos estos casos de montañas míticas o legendarias, que en la simbología tradicional la montaña, además de representar el Centro, o precisamente por eso, es el símbolo del contacto entre Cielo y Tierra.

Las ideas aquí expuestas serán, sin lugar a dudas, difíciles de admitir y asimilar, y hasta de entender, para muchos lectores en nuestros días, pues como bien apuntara el rumano Vasile Lovinescu en su fascinante ensayo *La Dacie hyperboréenne* (“La Dacia hiperbórea”, publicado bajo el pseudónimo *Geticus*), “la geografía sagrada es, de todas las ciencias tradicionales, la más olvidada en Occidente”. Esto no obstante, lo desarrollado a lo largo de estas páginas reviste la mayor trascendencia, siendo capitales e imprescindibles para tener una visión cabal de la realidad humana y para comprender en toda su amplitud y profundidad el significado de la Historia.

No queda sino añadir que en el Continente Hiperbóreo sitúa la doctrina tradicional la sede del Paraíso primordial y de la mítica “Edad de Oro”. Esa “Era áurea” que, según los mitos de los pueblos más diversos, marca el origen de la Humanidad, la fase inicial del ciclo humano, es definida y descrita de las más diversas formas en las distintas tradiciones y culturas, pero siempre aludiendo a un estado de armonía y perfección: es el *Satya-Yuga*, la “Edad del Ser” o “Edad de la Verdad” (*Sat* = Ser, *Satya* = Verdad), en la tradición hindú; el “Reino de Saturno” en la tradición romana (apareciendo de nuevo en el nombre de Saturno la sílaba *Sat* que hace referencia al “ser”, a “lo real”); la “Edad de Oro”, “Edad divina” o “Reino de Kronos” en la mitología griega; la estancia regia y paradisiaca de Adán en “el Jardín del Edén”, dentro de la tradición hebrea.

A esta Era paradisiaca primordial, en la que los seres humanos viven en perfecta unidad y armonía con el Cosmos y con Dios, se la podría llamar también Era del Logos, Era de la Unidad, Era de la Pureza, Era de la Integridad, Era de la Virtud, Era de la Esencia y de lo Esencial, Era de la Paz, Era del Sol. En ella el Sol, símbolo del Ser que todo lo ilumina y anima, resplandece sereno y triunfal dominando el horizonte. Es la era en la que impera de forma indiscutida, unánime, natural y espontánea la Norma, la Ley, el *Dharma* de la tradición hindú (palabra que puede traducirse como “Ley” o “Deber”), el *Li* de la tradición china. Era sátrica por excelencia en la cual se da la máxima perfección de la naturaleza humana y el fruto de tal estado, que es la felicidad. Un horizonte arquetípico y metahistórico que se ha presentado siempre como modelo ideal para las más diversas culturas y en el que la Humanidad ha tenido puesta su mirada durante siglos y milenios.

\* \* \* \*

[En la próxima entrega, dentro de unos días, veremos qué relación tiene todo esto con la Navidad, así como el mensaje vital y espiritual que nos trasmite cuanto acabamos de ver, lo cual requiere analizar o tratar desentrañar el significado simbólico de las realidades a que aquí se ha hecho referencia.]